

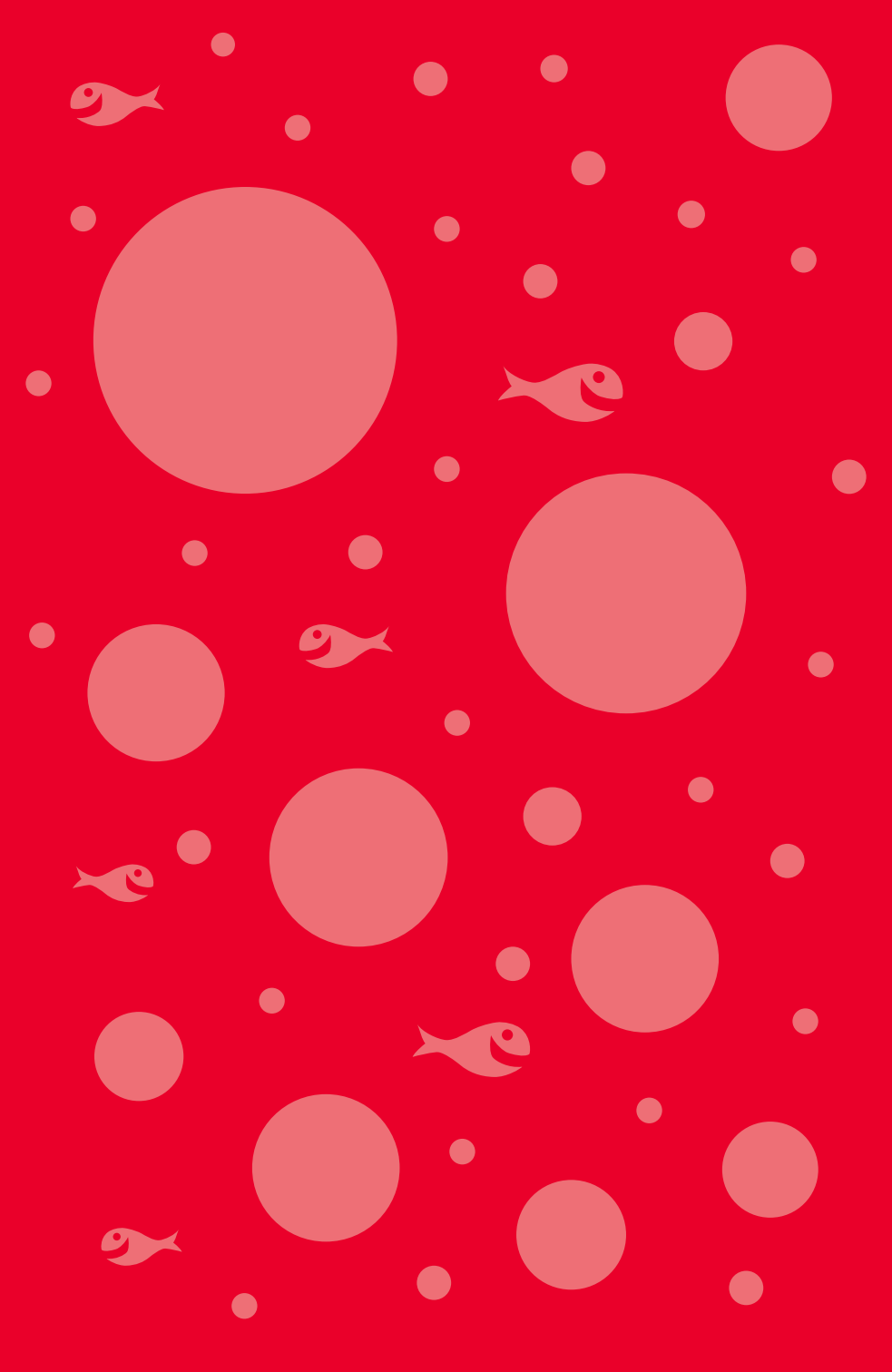
Regreso a Nowhere

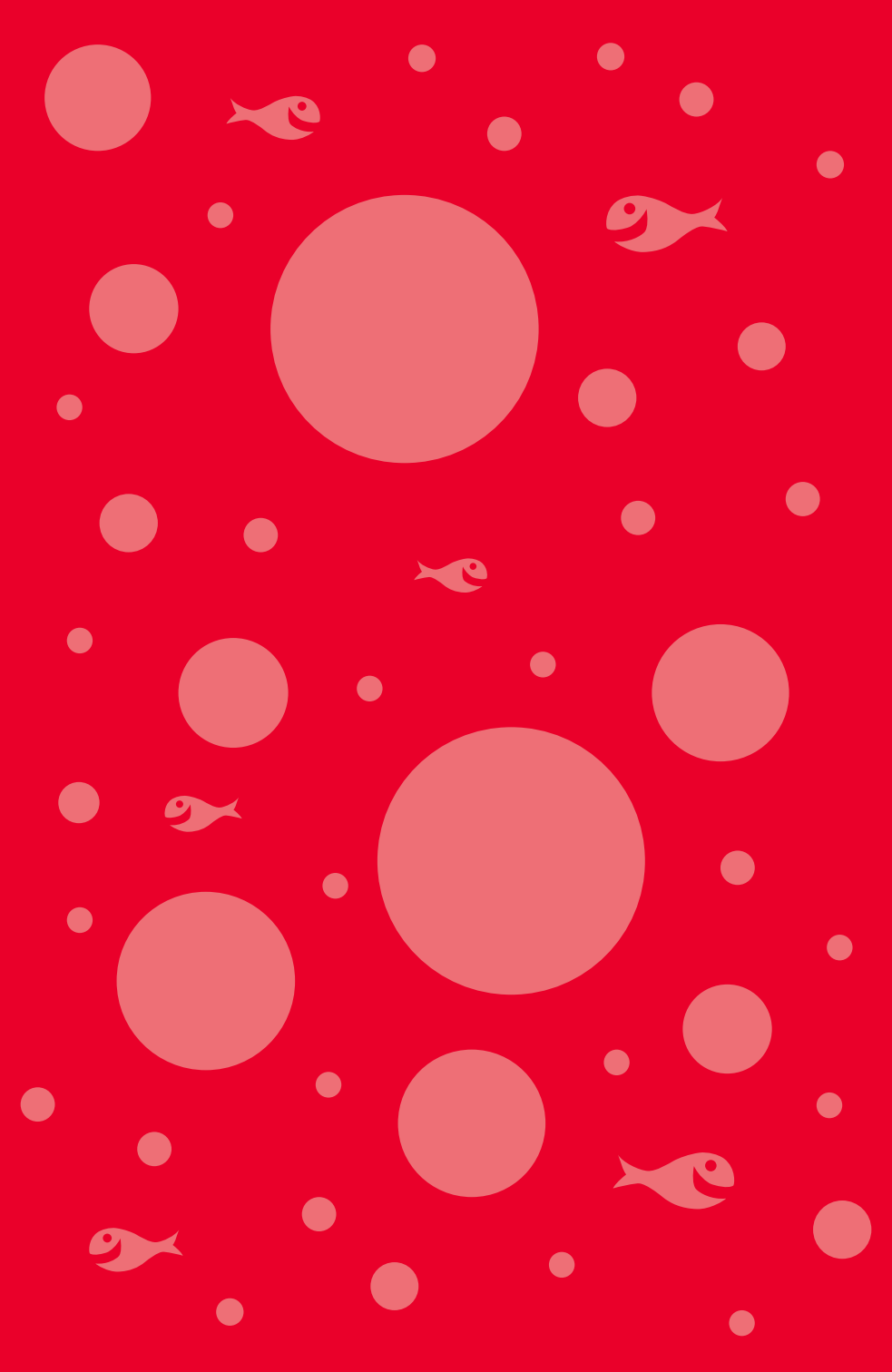
J. R. Barat

alta
mar



 Bruño







Regreso a Nowhere

J. R. Barat



Ilustración Carles Arbat

B Bruño

Puedes encontrar el **Taller de lectura**
en **www.brunolibros.es**

© Texto: Juan Ramón Barat, 2025
© Ilustraciones: Carles Arbat, 2025
Ilustrador representado por IMC Agencia Literaria

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Primera edición: abril 2025

Dirección editorial: Begoña Lozano
Edición: Laura Trueba
Diseño de cubierta e interiores: Gerardo Domínguez
Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-4032-6
Depósito legal: M-85-2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

J. R. Barat

El autor

Juan Ramón Barat (Valencia) es autor de libros para público infantil, juvenil y adulto. Cultiva todos los géneros literarios y en todos ha obtenido importantes premios y reconocimientos. Entre sus narraciones destinadas a los jóvenes destacan las novelas *Nowhere*, *La Cofradía de la Luna Roja*, *Clara en la oscuridad* (Premio Los Inmortales), *La perla de Sanzio*, *El ojo de Polifemo*, *La goleta de los siete mástiles* y las cinco novelas de la serie Daniel Villena, la primera de las cuales, *Deja en paz a los muertos*, obtuvo el Premio Hache a la mejor novela juvenil española.

Para ti

Si te gustan la aventura, los peligros y el misterio, este libro es para ti. Vas a extraviarte en un laberinto llamado Nowhere y tendrás la sensación de que vives en una pesadilla. Los personajes que recorren sus salas tenebrosas y sus oscuros sótanos harán que sientas algún que otro escalofrío. El autor de este mundo delirante es el siniestro señor Knight, inventor de máquinas diabólicas y creador de seres monstruosos. Solo hay una opción para escapar con vida: salvar una serie de enigmas y trampas que parecen insalvables. Y, además, en tiempo récord. ¿Podrás conseguirlo?

J. R. Barat



El coche policial avanzaba por una carretera secundaria flanqueada por enormes árboles cuyas copas formaban una gran celosía verde que apenas dejaba entrever lo que había más allá.

El conductor del vehículo guardaba un hermético silencio, atento a la carretera, y se comportaba como un autómeta.

En el asiento del copiloto, el señor Knight sonreía de modo extraño.

Alberto, Ana y Jacobo, sentados en el asiento trasero del coche, se removían inquietos.

—¿A dónde nos llevan?

—Pronto lo sabréis.

Alberto no hacía más que darle vueltas a lo ocurrido. Los tres se habían colado en el Conservatorio cuando aparecieron aquel agente que conducía con el uniforme aún puesto y el señor Knight, haciéndose pasar por el inspector de policía Caballero.

—Usted no es ningún inspector, ni se llama Caballero –dijo Jacobo con voz temblorosa—. Usted es un secuestrador...

—Premio para el cerebritito de la clase.

Knight vestía un traje negro, impecable, y se cubría con un anacrónico sombrero de copa.

—Nosotros solamente queríamos... –dijo Ana.

—¡A callar!

—No tiene derecho a hablarnos así –protestó Jacobo.

Knight volvió el rostro hacia ellos. Sus dos ojos los miraban con expresión brutal.

Uno era azul y otro marrón.

—¡No me interesan vuestras tonterías!

Alberto estalló:

—¡Pues tendrá que escucharnos! Usted apareció en mi vida y me convenció de que podía solucionar todos mis problemas. Recordará que me concedió dos deseos. Mis padres hicieron las paces y mis notas escolares fueron brillantes. Eso es lo que le pedí.

—A cambio del tiempo de tu vida. No lo olvides.

—Pero usted me concedió también la manera de pagar mi deuda de otro modo. Tuve que resolver unos enigmas.

—En un determinado plazo: veinticuatro horas.

—Y lo cumplí...

—Yo no diría lo mismo.

—El último enigma tenía que ver con la música. Por esa razón mis amigos y yo habíamos entrado en el Conservatorio. Ellos me ayudaron a resolverlo.

—El reloj ya marcaba la hora cuando lo solucionaste. Lo siento. Un trato es un trato.

—¡No es cierto! ¡Faltaban unos segundos todavía!

—Por favor... ¡Me aburren tus lamentos!

—¡Quiero regresar a mi mundo! ¡Y quiero que mis amigos vengan conmigo!

—¡Silencio!

—Díganos, al menos, qué piensa hacer con nosotros –intervino Ana irritada.

Knight no se dignó responder.

Un silencio espeso se abatió sobre ellos. Alberto, contrariado, se puso a mirar lo que había al otro lado de la ventanilla. Las hileras de árboles se entrelazaban en lo alto, formando una gran maraña verde que amenazaba con tragárselos. Lo abrumaba la sensación de viajar por un pasadizo nebuloso. En las ramas de los árboles se agazapaban animales que no había visto jamás.

—¿Dónde estamos? –preguntó.

Nadie le respondió.

Le llamó la atención que el vehículo avanzara sin hacer ningún ruido. Parecía flotar en el aire. Aquel pensamiento era estúpido. Pero ¿acaso no era estúpido y absurdo todo lo que les estaba ocurriendo?

¿Qué diablos hacían ellos en aquel coche?

¿Qué les iba a suceder?

Sus ojos se posaron de nuevo sobre la tupida fronda vegetal de los árboles. Sí. Había animales extraños, de aspecto amenazador. Tenían rasgos humanos y plumajes o caparazones de colores extravagantes.

Ana y Jacobo parecían haberse dormido. Alberto se preguntó cómo era posible que se durmieran en aquella insólita situación y enseguida lo entendió. De algún lugar del vehículo había comenzado a fluir un leve humo narcotizante. Se sentía mareado y los párpados le pesaban una barbaridad. Tenía ganas de cerrar los ojos, pero no quería dejarse vencer por aquel sopor fatídico.

Antes de dormirse, volvió a mirar a sus captores y sintió un escalofrío.

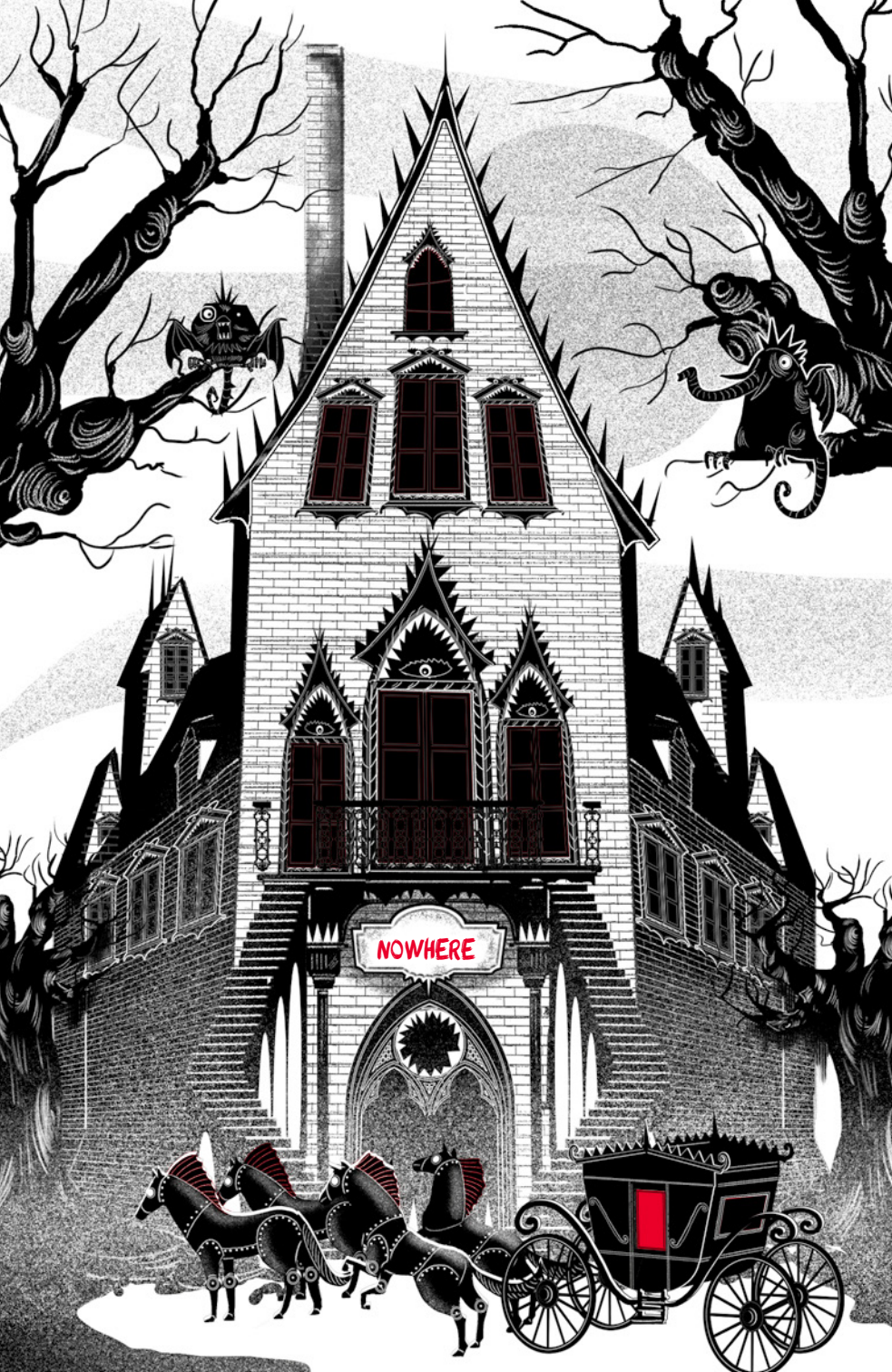
El conductor ya no era un agente de policía. Se había transformado en un esqueleto metálico.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Qué va a hacer con nosotros?

Knight se volvió hacia Alberto. Sus ojos ahora eran amarillos y su rostro parecía el de un hombre sin edad. Una máscara impenetrable que no delataba sentimiento alguno.

—Lo sabes muy bien.

Alberto no conseguía mantener los ojos abiertos. Se abandonó al sueño. No pudo ver que el coche en el que viajaban ya no era un vehículo policial sino



NOWHERE

una carroza tirada por cuatro caballos de hierro con las crines rojas, y que el paisaje que atravesaban en aquellos momentos no tenía nada que ver con el mundo conocido.

Había caído la noche, con un velo azul que lo cubría todo de una penumbra irreal. Aquí y allá se levantaban árboles milenarios, poblados por alimañas. El cielo estaba lleno de estrellas ardiendo, como antorchas lejanas.

Media hora más tarde el vehículo se detuvo delante de una fantasmagórica mansión y los caballos de hierro relincharon con una estridencia desagradable.

Para entonces, los tres amigos habían perdido la consciencia. Estaban profundamente dormidos y se encontraban prisioneros del señor Knight, el dueño y señor de aquel extraño mundo.

En la fachada de la mansión había un gran rótulo en letras rojas: «NOWHERE».

El cuarto era pequeño y lóbrego, como las mazmorras que Alberto había visto en las películas. Tenía paredes oscuras, pero no había ventanas ni muebles. Ni siquiera puerta.

Y se encontraba solo.

¿Dónde estaban Ana y Jacobo?

¿Cómo había llegado hasta allí?

De pronto, escuchó un leve carraspeo tras él. Se volvió y se encontró con una figura conocida. El señor Knight, ataviado con su elegante traje negro y su sombrero de copa, lo observaba con los ojos entrecerrados y una sonrisa indescifrable en sus labios.

—¡Señor Knight! ¿Por dónde ha entrado?

El hombre hizo un gesto de fatigada resignación.

—Eres un incrédulo. A estas horas deberías saber que puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Por qué me ha traído aquí?

Knight extendió la mano y al instante apareció una silla. Se sentó tranquilamente y se quedó mirando al chico.

—Teníamos un trato —dijo secamente.

—Así es —contestó Alberto—. Mis deseos se cumplieron. No sé cómo lo consiguió. Tal vez fuera una casualidad o tal vez usted haga uso de la magia negra...

Knight soltó una risa siniestra.

—¡Incrédulo! ¿Aún dudas de mi poder?

—Me prometió liberarme si resolvía aquellos enigmas... Y lo hice...

Knight se puso de pie. La silla desapareció al momento ante los ojos asombrados de Alberto.

—Lo siento de veras. Eres un muchacho listo y no mereces estar aquí, pero los pactos hay que cumplirlos.

—Señor Knight —Alberto tensó las mandíbulas y apretó los puños—, sabe usted que el último enigma, el de la música, fue resuelto en el tiempo acordado.

—Tú dices que sí y yo digo que no.

—¡Es la pura verdad!

Knight suspiró.

—Lo dejaremos en tablas.

—¿Tablas? ¿Y eso qué significa?

—Significa que nadie tiene razón.

—Eso carece de sentido.



Knight comenzó a pasear por aquella celda estrecha con las manos entrelazadas a la espalda. Daba la impresión de que estaba cavilando sobre algo muy complicado.

De súbito se quedó observando a Alberto.

—¿Qué propones? —preguntó.

—Deshagamos las tablas —dijo Alberto.

—¿Deshacer las tablas? ¿Y cómo?

—Con un nuevo pacto. Pero ahora entrarán en el acuerdo mis amigos, Ana y Jacobo.

—¿Tus amigos? ¿Por qué no te olvidas de ellos y tratas de salvar el pellejo tú solo?

—Ni lo sueñe. No iré a ninguna parte sin ellos. Si tengo que elegir, prefiero que los libere antes que a mí, aunque yo me tenga que quedar para siempre atrapado en su absurdo mundo.

—No solo tú. Los tres estáis atrapados en Nowhere.

—Me importa un pimiento cómo se llame este lugar. Saldré de aquí y no lo haré solo. Mis amigos vendrán conmigo.

—¡Vaya! Eres un joven valiente y leal. No quedan muchos chicos como tú. Qué lástima que no vayas a salir de aquí jamás.

—¿Por qué no prueba a concederme otro deseo?

—¿Otro deseo...? —Knight pareció sopesar aquella posibilidad—. ¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Porque sabe que no le estoy engañando. Sería lo justo.

—Tendríamos que firmar un nuevo contrato.

Alberto recordó el maldito contrato que había firmado con Knight apenas unos días atrás.

El que lo había conducido a aquella terrible situación.

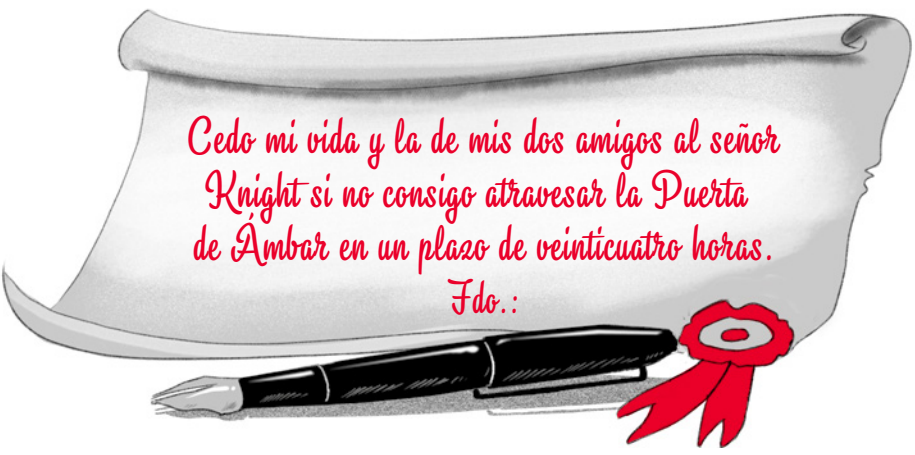
¿Cómo no recelar de semejante individuo?

Pero ¿había alternativa?

Knight metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su traje negro y extrajo un papel y una pluma estilográfica antigua. Escribió unas palabras con trazos firmes.

—Lee y firma, si estás de acuerdo.

Alberto leyó con atención.



*Cedo mi vida y la de mis dos amigos al señor
Knight si no consigo atravesar la Puerta
de Ámbar en un plazo de veinticuatro horas.*

Fdo.: